

Semanario de Palamós.

Precios de suscripcion.

Anuncios y comunicados.

Palamós, un mes. 0'50 pesetas.
 Resto de España, trimestre. 1'50 "
 Países de la Unión Postal. . 2'50 "



Pago de suscripción adelantado.—Remitidos y anuncios á precios convencionales.—Publiquense ó nó, no se devuelven los originales.

Año II	Pago de suscripciones en sellos de correo ó letras de fácil cobro.	Se publica todos los Jueves.—ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN: Calle de la Marina, 13.	N.º 28.
--------	--------------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------------------------	---------

EL JUEVES SANTO.

Conmemora hoy la Iglesia la cena última de Jesús con los apóstoles, en la cual fué instituido el augusto sacramento de la Eucaristía.

Celebraban los judíos la cena pascual al salir las estrellas el día catorce del mes de Nisán, en memoria de la última comida en su cautiverio de Egipto. En aquel año caía el citado día en viernes; pero Jesús «sabiendo que había llegado su hora y que iba á dejar este mundo para volver á su Padre» hizo adelantar de veinticuatro horas para Si y sus discípulos aquel festin.

Celebróse, pues, éste al anochecer del jueves en términos adecuados á la costumbre judaica, pero con algunas variaciones que señalaron el tránsito de la antigua á la nueva ley. Distribuíase en el banquete pascual de los israelitas pan sin levadura («azymos»), representativo de que sus antepasados en el día de su libertad no habían tenido tiempo de dejar fermentar la masa, y así lo declaraba el presidente del festin. Jesús al distribuir el pan ázimo, después de bendecido, substituyó la antigua fórnica con el de «Tomad y comed, éste es Mi Cuerpo» y el cáliz con el vino, le entregó á los apóstoles diciéndoles: «Esta es Mi Sangre, la sangre del nuevo testamento que será derramada para la remisión de los pecados de los hombres.»

Desde entonces sucedió á los antiguos sacrificios de sangre el sacrificio incruento que se renueva todos los días al repetir el sacerdote en la celebración de la misa, insinuando la potestad concedida por el mismo Jesús á sus discípulos, aquellas palabras del divino Maestro. Desde entonces dejó de ser la raza judaica el pueblo escogido de Dios. Desde aquella época cobija la religión por igual á todos los creyentes, sin distinción de clases, categorías, sexos, estado civil, origen ni nacionalidad. Por la salvación de todos los hombres, recibió Jesucristo pasión y muerte, y sus méritos inmensos servirán por igual para hacer merecedores de la vida eterna á todos los que crean y practiquen los santos preceptos del evangelio.

Este es, por consiguiente, gran día de gloria para el cristianismo: como de gala empiezan hoy las funciones religiosas, celébrase la misa con ornamentos blancos, cántase el «Gloria in excelsis Deo» y se echan á vuelo las campanas, que luégo han de enmudecer hasta que les toque señalar la resurrección; si bien cambia todo muy pronto, porque la Iglesia, adelantándose de algunas horas en ésta como en las demás solemnidades, empieza á recordar desde el mediodía de hoy, la pasión y muerte del Redentor, que sólo tuvieron efecto el viernes, como empieza el sábado próximo á cantar la resurrección, que no se verificó hasta el domingo. Resulta así muy pasajero ciertamente el júbilo de este día, y de ahí es que, poco satisfecha la cristiandad con que se celebrara tan

brevemente y en semana de tanto recogimiento por otros motivos la institución de la Eucaristía, estableció la Iglesia con el tiempo una festividad especial, la tan conocida, alegre y festejada del CORPUS CHRISTI, nueva conmemoración de la que ya hoy con más propiedad aunque más brevemente se celebra.

La mañana de hoy es, pues, para los católicos tiempo de alegría, como la tarde lo será de recogimiento, y mañana día de gran duelo. Y los sucesos que se conmemoran en ambos días, ocurridos hace cerca de diez y nueve siglos, marcan perfectamente el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno; habiendo producido, no menos en lo mundano que en lo celestial, la redención del género humano.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL CRISTIANISMO.

La creencia santísima, que es nuestro guía en vida, nuestra esperanza allende la muerte, nuestro consuelo siempre; la que inspiró á Calderón sus dramas, y sus místicas vírgenes á Murillo; verdadera y profunda en sus dogmas, es grande y maravillosa en su historia. Nada hay más hermoso que levantar el pensamiento hoy turbado á esa purísima celeste región donde la luz es eterna; el alma se espacia como si se renovara su esencia, la sangre del corazón se purifica, y la esperanza, levantándose del fondo de nuestro sér como un ángel, nos muestra el cielo, derrama el oloroso bálsamo que nos lava de las manchas de la tierra, nos hace presentir la eternidad de nuestra vida y adivinar la grandeza de nuestro Dios.

El cristianismo no es una nueva filosofía que viene á aumentar el catálogo de los antiguos sistemas; no es una nueva organización política que viene á remachar las cadenas del hombre, no; es la renovación de toda la vida humana por la presencia de Dios en el mundo y en el espíritu. El cristianismo borra el nombre de bárbaro, rompe las diversas categorías nacionales, no descubre sus tesoros á solo un pueblo privilegiado, sino á toda la tierra; y pronuncia la palabra humanidad, tal como no la habían escuchado las gentes, palabra que condenaba todas las esclavitudes y contenía todos los derechos. Y sobre la humanidad, una en su esencia, levanta un Dios también único, no tirano á manera de los dioses indios, sino padre como los patriarcas bíblicos, presente siempre en el mundo por la providencia, en el espíritu por la revelación, fuente misteriosa en que beben su vida desde el sol hasta la luciérnaga, desde el hombre hasta el pólipo, desde el águila hasta la mariposa, centro inmutable de to-

dos los pensamientos, de todas las voluntades, creador y vivificador de nuestras almas.

Y une Dios al hombre por el amor, y el hombre á Dios por la esperanza en la vida eterna. Este dogma de la eternidad de nuestro sér compendia todas las excelencias de la religión cristiana. Por él se despierta nueva vida en nuestra limitada vida, nuevo sér en nuestro mezquino sér. La virtud es, como blanca paloma, nuestra mensajera en el cielo. El dolor, la duda, se tornan ligeras nieblas que no pueden resistir los rayos de la fé, y que se desvanecen y evaporan, dejando en nuestra alma una dulce lágrima. El hombre ve en el mundo una tienda de campaña, levantada un instante para albergarle un día. Y todas sus acciones y todas sus ideas toman el sello divino de la inmortalidad. Trabaja por los que le han de suceder, se consagra á su bién, porque sabe que ha de vivir siempre entre ellos en espíritu. Este dogma de la inmortalidad del alma ha sido como una segunda creación de la humanidad.

La libertad humana es otra de las piedras fundamentales de la religión. Sin ella no se concibe la eternidad de la vida del alma. El cristianismo enseñó que el hombre es el rey de la naturaleza. Lleva en su voluntad los gérmenes de sus acciones, y en su conciencia la idea de lo justo, de lo injusto, que viene á sancionar, con la satisfacción interior ó con el remordimiento, sus propias obras. Este ángel caído, mensajero de la naturaleza para Dios, mensajero de Dios para la naturaleza; colocado entre lo finito y lo infinito, como entre dos polos, reuniendo en su contradictorio sér el eterno espíritu y la deleznable materia, lazo de unión entre la tierra y el cielo, habitante del mundo de la eterna luz por sus ideas, por su fantasía, y esclavo de esta estrecha cárcel por su cuerpo; antitético, inarmónico, y sin embargo, destinado á comprender y explicar las armonías de los mundos y á realizar la armonía del espíritu con la naturaleza; este ángel caído, que se llama hombre, se distingue de la inmensa serie de seres arrojados á sus plantas por la libertad, que le hace responsable de su conducta moral y dueño de sus acciones, con las cuales se fabrica ó su castigo ó la corona de estrellas que ha de ser su eterno premio en el cielo. El hombre es libre, pero Dios no le abandona nunca. La gracia le auxilia en la gran lucha que tiene empeñada contra el mal. Mas esta lucha no se comprende sin la libertad que ha venido á sellar con su sangre Jesucristo. Así la causa de la libertad humana, como hemos dicho en una ocasión solemne, cuenta entre sus mártires á Dios.

Doctrina tan hermosa debia aterrar al mundo antiguo, poseído de grandes dudas y trabajad por inauditos dolores. ¡Qué espectáculo presenta en su agonia! El despotismo en el trono del mundo, los hombres hechos siervos; la tierra convertida en escabel de la tiranía; la duda, aletargando todas las conciencias, corrompiendo todos los corazones; los sistemas filosóficos protestando contra los antiguos dio-

ses; los altares amasados con sangre de los nuevos sectarios; la poesía anhelante de inspiración más nueva, consumiéndose en la impotencia; el terror de la muerte pintado en todas las instituciones; el mundo antiguo, en fin, descomponiéndose buscaba el placer, y el oro, y el vicio, como flores para ocultar su horrible podredumbre. Habíase cumplido su gran destino, y el mundo antiguo se moría en el lecho de sus placeres. Una noche paseaba Nerón por sus inmensos jardines celebrando una gran fiesta, precursora de infinitas maldades. Sus sedosos cabellos exhalaban el fino olor de los aromas de la Arabia, blanca lana envolvía su cuerpo, y un manto de riquísima púrpura Tiro caía de sus hombros; pisaba flores, y miraba estasiado las esferas, como si quisiera aprender en sus acertados movimientos nuevos cánticos. Varios patricios le rodeaban. Iluminaban aquellos jardines y aquel hombre otros hombres cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones en aquel terrible espectáculo. Estos hombres de una manera tan horrorosa martirizados no turbaban la alegría del emperador ni con una queja, y se consumían silenciosos entre las llamas. Tácito nos ha guardado el nombre de estas víctimas. Se llamaban cristianos. El gran antómico de la muerte no se indigna de aquella crueldad. Cree que debían ser exterminados para salud del mundo, pero no para recreo y divertimento del emperador. Mas ¿qué hombre sobre natural había puesto tanta fé en aquellas almas? ¿Quién había levantado del polvo de las muchedumbres tantos Sócrates, tantos héroes, tantos mártires? También lo dice Tácito. Se llamaba Cristo.

En efecto, este hombre, desconocido del mundo antiguo, iba á reducirlo á cenizas. Casto, triste, llevaba en sí todas las virtudes humanas para derramarlas en la tierra, y sobre sí todos los crímenes para expiarlos en su persona. Sus labios sólo se abrían para bendecir, su corazón sólo palpitaba para amar. Huía del poderoso é iba en pos del pobre y humilde. Vencía á los fuertes y exaltaba á los débiles. Llamaba raza de víboras á los señores del Templo, y acogía á los niños y conversaba con las mujeres del pueblo. Una sed infinita de amor le poseía. Buscaba á todos los descarriados para enderezarlos á su salvación; á todos los doloridos para enseñarles el consuelo; á todos los ignorantes, para abrir sus ojos á la luz. Anhelaba morir por el hombre para sellar su amor con el purísimo sello de su sangre.

Y aquel hombre era Dios. ¡Ah! Había sacado de la nada la tierra, y la tierra no le conoció; su soplo había infundido vida á los elementos, y le azotaron los elementos; había derramado las claras aguas sobre la tierra, y tuvo sed; había creado todos los seres que bajo el cielo se mueven, y había tenido hambre: la creación, su hechura, le negó un asilo, el hombre, su imagen, le negó hasta la compasión: el creador de toda vida murió de la muerte de los últimos criminales en afrentoso suplicio. Pero su muerte fué la vida del mundo.

Herido Jesús, los discípulos se dispersaron. Portadores de una nueva idea, que excedía á todo lo humano, doblaban la frente bajo su inmensa pesadumbre, y se atemorizaban de la riqueza de su gran depósito. Los vientos de todas las pasiones se levantaban confusamente entre ellos; la persecución iba á caer sobre los defensores de una nueva idea. El mundo opone la fuerza al derecho, sus preocupaciones á la verdad, sus hábitos al bien. Cuesta muchas lágrimas y mucha sangre desarraigar estos hábitos y estas preocupaciones. Así al verse solos, se sintieron débiles y temblaron. Dios los alentó dándoles inspiración de apóstoles y fortaleza de mártires.

A la cabeza del apostolado se encontraba S. Pedro. Dios le había escogido para fundar la Iglesia sobre sus hombros. En su espíritu, la tradición antigua, el respeto á la ley mosaica, habían echado hondas raíces. Sacerdote de un nuevo culto, apóstol de una nueva religión, habitante de un mundo rejuvenecido, no se atrevía, sin embargo, á separarse del arca santa que contenía los antiguos dogmas, y la custodiaba como premisa y fuente de la buena nueva. Así, desde el principio de los tiempos cristianos se vé maravillosamente representada en él la autoridad, la tradición, inspirada de un santo respeto por todo lo antiguo, como preludios de la gran institución del pontificado que vá á inaugurar en la historia.

El espíritu de San Pedro necesitaba al par un espíritu renovador, más tribuno que él, y este espíritu propagador, amigo de la lucha, que volaba por todos los horizontes, que abría las puertas del santuario á todas las gentes, que hablaba el lenguaje exaltado de la caridad y del amor, que encendía en las llamas de su elocuencia todas las almas; este gran espíritu guerrero, que en su elocuencia consumía las viejas ideas y acrisolaba la nueva, era la de San Pablo.

En el gran drama de la revolución cristiana y de su propaganda por el orbe, Pedro representa el papel de depositario, Pablo el de batallador; el uno es prudente, el otro arrojado; el uno pone los ojos en lo pasado, el otro en el porvenir; el uno invoca la sanción del tiempo, el otro la sanción del triunfo; San Pedro recoge fielmente la verdad, y se detiene al pie de los altares mosaicos; San Pablo la recoge también y la lleva á los pórticos de los tiempos griegos; es el uno como el anciano, es el otro como el joven; el árbol del cristianismo necesitaba de esta doble sávia; el uno con su ardor hacía brotar el pan de vida, y el otro lo conservaba con su autoridad. La propagación del cristianismo sin San Pablo hubiera sido lenta, pero sin San Pedro hubiera sido insegura.

Esta obra maravillosa, la más grande que ha presenciado la historia, encontró obstáculos en el mundo. Fué el primero el materialismo, que, como

asquerosa lepra, cubría al pueblo escogido. Enviados por la esclavitud los judíos, no podían consagrarse á un Dios sujeto á la pobreza y á la muerte; no podían creer en apóstoles humildes, desgraciados y hambrientos; no entendían de amor, de compasión, sino de poder y fuerza; no amaban el brillo de la verdad, sino el brillo del oro; no confiaban en una doctrina que descendía del cielo desarmada y que solo contaba con su palabra para embotar el hierro de las legiones romanas. Ellos creían que Dios descendería á la tierra inundado de luz, precedido del trueno, armado del rayo, ceñido con los resplandores de su poder; que miraría á los judíos para levantarlos al dominio universal de la tierra; y que con su soplo convertiría en humo á los tiranos de su pueblo. No podían, pues, creer en Jesucristo. Así es que al ver los cristianos entrando en su templo, los rechazaron horrorizados, los redujeron á prisión y condenaron á muchos á muerte. El pueblo judío, que hubiera podido ser el prólogo del nuevo mundo, se contentó con ser el epílogo del Oriente. La Iglesia se apartó de la Sinagoga; la ley de Jesús buscó un nuevo templo. No hubo remedio; la ciudad antigua se arruinó bajo el peso de sus señores y en castigo de sus crímenes. Cumpliéronse despues de algun tiempo las terribles visiones de Jeremías. Cayeron los muros de Jerusalén y sus piedras se dispersaron como polvo. Sus hijos fueron pasados á cuchillo y no encontraron ni sepultura en la tierra. Las vírgenes fueron violadas al pie de los altares y los pequeñuelos sirvieron de alimento á sus madres. No quedó piedra sobre piedra en la ciudad, ni en el templo, ni en el santuario. Los dispersos huyeron de la tierra de sus padres, buscando en las chozas de las fieras el asilo que les negaba la compasión de los hombres. Diez y ocho siglos han pasado después de esta gran catástrofe, y aún no han vuelto á levantar su templo ni á unirse en el hogar de sus padres. La constante catarata del tiempo no ha podido borrar la marca de la esclavitud en su frente. Así se pagan los vicios de la corrupción y del materialismo.

Mientras los judíos pagaban así su ceguera, los cristianos difundían la verdad por todos los ámbitos de la tierra. La Iglesia cristiana tomaba en sus manos los dos últimos eslabones de la gran cadena de los pueblos antiguos, el Asia y Roma. En el pueblo que engendró la idea de la hermosura, y entre los despojos de todas las artes, se alzaba también como un hermoso trofeo de triúnfo de la verdad la iglesia de Corinto. Así la buena nueva se difundía por la cuna de las religiones, que es Asia; por la depositaria del arte, que es Grecia, y por la propagadora del derecho, que es Roma. El cristianismo llevaba en sí también regenerada la trinidad de estas ideas.

Las costumbres de los primeros cristianos parecían resucitar los tiempos del paraíso. Vivían todos de una misma vida como si sólo tuvieran un alma.

Todos los labios invocaban un mismo Dios, todos los pechos exhalaban un mismo cántico, todos los corazones latían animados por un solo amor; todos tenían unos mismos temores y gozaban de unas mismas esperanzas. Vestían siempre de blanco en señal de la pureza del alma. Solo comían una vez al día á la hora de ponerse el sol. Los jóvenes no bebían vino. La persecución les obligaba á ciertos misterios de que se aprovecharon para denostarlos y maldecirlos sus crueles perseguidores. La pureza de alma se apercibía á recibir á Dios en el secreto asilo de la conciencia, donde tenía un santuario más propicio á sus ojos que el antiguo áureo tabernáculo.

Estas piadosas costumbres ceñían de una nueva aureola á la mujer. El cristianismo aumentó la personalidad humana en la familia. Complemento del hombre, debía ser una con él, idéntica siempre á sí misma, inmortal como el alma. Por eso hizo indisoluble el matrimonio. La mujer es el sonrosado fondo del cuadro de la familia, la luz que lo entona y que lo anima. Los más grandes sentimientos fueron confiados en la sociedad cristiana á la mujer que ha nacido para endulzar las tristes asperezas de la vida, como hija, como esposa, como madre. Las mujeres son admitidas en las asambleas cristianas. Se les dió también, cierto carácter sacerdotal. Podían ser elevadas á la dignidad de diaconisas, si habían ejercido todas las virtudes cristianas; si habían dispensado hospitalidad á los viajeros, socorros á los enfermos, y la palabra divina á los ignorantes. Así la mujer se exaltó y fué más sensible que el hombre y más sufrida en la gran epopeya del martirologio cristiano.

Compañera inseparable de todos los desgraciados, más débil que el hombre para pelear, pero más fuerte y valerosa para sufrir, comprendiendo todos los dolores y adivinando todos los peligros, la mujer, en la sociedad cristiana, era la imagen viva del consuelo, la encarnación misteriosa de la Providencia: aceptaba todos los sacrificios más grandes, todos los ministerios más penosos, vivía á la cabecera del enfermo, á la puerta de la cabaña del pobre: guardaba los vasos sagrados, chupaba la sangre de las heridas de los mártires, ó en la callada noche recogía sus cenizas; endulzaba con sus oraciones y hasta con su hermosura todas las grandes adversidades, y cuando le llegaba la hora del sufrimiento, cuando los perseguidores de su religión las apercibían para el cadalso, se encaminaban con seguro paso á la muerte, se sonreían en el tormento; en medio de las llamas miraban con ojos compasivos á sus verdugos, oraban por ellos y cuando parecía que les faltaba aliento, alzaban un cántico de triunfo que como desprendido del polvo de la tierra, se perdía en el cielo.

La Iglesia, trabajada por las persecuciones de los judíos y de los paganos, sentíase dentro de sí misma combatida por la duda y el error que enve-

nenaban su infancia y rodeaban de víboras su cuna de flores. Un profundo pensador de la Iglesia comprendió que esta lucha de la verdad con el error, del bien con el mal, era necesaria para acrisolar más y más el dogma. *Oportet enim haerese esse*. Las primeras herejías nacieron de dos fuentes distintas, de la religión de que emanaba el Evangelio, y de la religión que lo recibía, es decir, del pensamiento de los hebreos y del pensamiento de los paganos. Los herejes judíos se llamaban Ebionitas y Nazarenos. Querían que el Evangelio fuese como apéndice de la Biblia. No podían convenir en que los nuevos libros, escritos por manos de pobres pescadores que ellos habían tocado con sus manos, pudiesen igualar en grandeza y en autoridad á los libros antiguos escritos por reyes, por profetas, que se habían inspirado en el seno de los desiertos, á orillas del Cedrón, en la cumbre del Carmelo, bajo los cedros del Libano, agitados por el soplo de Dios.

Levantábanse airados contra la doctrina de san Pablo, y contra aquél su amor inmenso que abrazaba con sus llamas toda la humanidad. Acostumbrados al sentido estrecho de la tradición judaica, no podían convenir de ninguna suerte en que su herencia, su Mesías, su prometido fuera en pos de las otras naciones, se aposentara en su seno, y recibiera culto en aquellos sus maldecidos templos. Su espíritu, encerrado en la corteza de la idea antigua, no se había abierto al beso de la buena nueva, no se había fecundado con el rayo del sol que descendía del cielo, y pegado como el pólipa á la piedra del hogar, nada alcanzaba de aquel Dios que tenía por hijos todos los hombres, y por altar toda la tierra. Este Dios cosmopolita, parecían que iba á extinguir en manos de los judíos el fuego del sacrificio, y á borrar de su pecho la dignidad privativa del sacerdocio.

Los Ebionitas estaban, pués, fuertemente apegados á la tradición mosaica. No tenían más relación con los cristianos que el creer en la grandeza de la misión de Jesucristo. Mas reconocido esto, no dejaban ni que fuese completada en un ápice la antigua ley. Así denostaban á san Pablo y le tenían por enemigo de Dios, por apóstata, que había abandonado la verdad antigua por la buena nueva, falta de la sanción del tiempo. Eran los Ebionitas como esos hombres que miran siempre á lo pasado, que gustan de respirar el aire mefítico de las tumbas, que toman el fosfórico fuego fátuo, producto de la descomposición de los cadáveres, por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. Además de los Ebionitas existían los Nazarenos.

El más célebre entre los herejes judíos es indudablemente Cerintho. Por su alma han cruzado como rayos rotos de luz ó como sombras inciertas y dudosas casi todas las ideas de la antigüedad; así cree en un sér infinito, in-

menso, desterrado en el límite de los mundos, sin relación ni lazo alguno con la tierra; en las emanaciones que, descendiendo como una catarata inmensa del seno de Dios, van llenando de mundos, de seres, los abismos de la nada; en la creación de la tierra, mas no por el Ser Supremo, que fuera indigna de su grandeza tan pequeña fábrica, sino por un ángel que ha cobijado bajo sus alas esta mansión del hombre; en la grandeza de Jesús, en el *Logos* de Platón, que descendiendo en forma de blanca paloma sobre la frente del Mesías, depositó en su pensamiento la imagen del padre antes desconocida; y de esta suerte une Cerintho en su alma, extraviada entre tantos diversos senderos como se abrían á la actividad humana, fragmentos de casi todas las doctrinas que en aquella sazón tenían algun dominio en el espíritu del hombre. Así el judaísmo, á pesar de no haber transigido con ninguna doctrina, absorvía por todos sus poros las ideas de aquel siglo.

Los herejes paganos se llamaban Dositistas y Nicoastas. En odio al antroporfismo griego, habían llegado los primeros á poner en duda y hasta negar la humanidad de Jesucristo. Creían que su cuerpo no era tal, sino una apariencia, una forma semejante á lo engañoso, de que se vestían las antiguas divinidades griegas. Esta herejía destrozaba la más pura y más grande de las creencias cristianas, la pasión y la muerte del hijo del hombre, y tornaba ilusoria su grande, su maravillosa obra.

Todos estos errores provenían de la mezcla del cristianismo primitivo y de los primitivos cristianos con las escuelas griegas y orientales que poblaban el mundo. No creer en el cuerpo de Jesús era no creer en su encarnación no creer en la encarnación era pulverizar el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Así los apóstoles combatieron con perseverancia, con celo, con calor esta doctrina que desceñía á Cristo de la vestidura de su humanidad, y que reducía el Evangelio á una fábula pagana.

Los Nicolaitas, que eran otra rama de estas herejías, unían gran parte de las verdades cristianas con la doctrina de los gnósticos. La risueña imaginación de Grecia, ese pueblo artista que ha sido el gran poeta de la historia, no se resigna fácilmente á tomar la verdad en toda su pureza, y la orna con fábulas. El cristianismo, además de la verdad, reúne la hermosura; pero su misma grandeza, sobrepujando á la imaginación de aquellos pueblos, era parte á que no fuera comprendida en toda su esencia ni abarcada en toda su magnitud. Creían recibir mejor la buena nueva alojándola en sus templos, perfumando su urna con el aroma del

mirto y del azahar, ofreciéndole las rosas de sus valles ornadas con la gota del rocío que en sus ojos había llorado la aurora, los cantos de sus primitivos poetas, dulces como el rumor de la brisa en la enramada, los recuerdos de sus antiguas fábulas adornadas por generaciones de artistas; las ideas de sus sábios, blancas mariposas nacidas entre las aromas de la Atica y la Thesalia; las perlas de aquellos mares siempre alegres y risueños, cuna de tantos dioses; el espíritu y el arte de la antigua Grecia.

El alma se aparta difícilmente de sus creencias. Se pega á ellas como la abeja á las flores entre cuyos aromas ha nacido. Y así á los neófitos griegos, al ceñir su blanca túnica, se les debía aparecer en confusión el recuerdo de sus lares, y al par del sereno cántico de la Iglesia, que resonaba en su conciencia, debían resonar en su corazón los cánticos de rientes y hermosos cultos, que les habían sonreído en la cuna, y habían hermozeado los días más hermosos de la vida. Esta invocación se hecha de ver en las numerosísimas sectas que pedían inspiración á la moribunda y apagada voz del paganismo, y esta indecisión es causa de muchas heregias.

Mas á pesar de estas incertidumbres, el cristianismo iba conquistando el espíritu de las gentes. Desde el Evangelio de San Mateo hasta el Evangelio de San Juan se nota una serie de triunfos y de conquistas que van cimentando sobre sólidos fundamentos la verdad cristiana. San Mateo es, como San Pedro, el Evangelista que está más cerca de la Sinagoga. En sus páginas se echa de ver que ha escrito á la sombra de los antiguos templos, que ha pedido inspiración á la fuente misteriosa donde bebían sus ideas los antiguos profetas, que ha perfumado sus páginas en las rosas de Jericó, y por todas ellas, escritas en la divina lengua de los hebreos, se ve cruzar la sombra magestuosa del pueblo escogido como si fuera su última aparición en la historia. La hermosa figura de San Juan Evangelista corona como una estatua los tiempos apostólicos, y su alma es como el último y más luminoso destello del alma de los discípulos de Jesucristo. El vió á Jesús maniatado destilando sangre de su cuerpo, bebiendo hiel y vinagre, espirando en la cruz, y él le vió también aclamado por el mundo, recibido como Dios por los discípulos de Platón, adorado en las orillas del mar Egeo, seguido por todos los pueblos, reinando ya en la conciencia del hombre. El vió al Salvador negado por unos, abofeteado por otros, escupido por el pueblo, coronado de espinas en el Gólgota; y le vió también exaltado por las ideas de los más grandes sabios, y vió que las doctrinas de Sócrates, la elocuencia de Platón, no habían hecho más que presentir

advenimiento al mundo. Así el apóstol querido después de haber batallado en Oriente, en Occidente, no con las armas de la fuerza, sino con su hermosa palabra, después de haber teñido el Evangelio con la luz purísima de su alma, al levantarse la verdad en Grecia, espira gozando de una eterna juventud, sereno como lo ha pintado el pincel cristiano, con las manos puestas en sus libros y los ojos en el cielo, pronunciando la palabra amor en los oídos de sus discípulos y subiendo al cielo dulcemente como la paloma que después de la tempestad vuelve sin una mancha en sus alas á reposar tranquila en su nido. Así se extendió como árbol frondoso la verdad cristiana sobre la tierra.

EMILIO CASTELAR.



LA CREU.

De sexta n' era l' hora. Del Gólgota en la serra
en creu al Just clavavan, en creu al fill de Dèu.
Lo sol sa llum endola; sota sos peus la terra,
com estremintse tota, sent palpitant lo hebrèu.
¡Alsáu la forca! Alsáu! Miráulo en la agonía
lo Just, lo Sant, lo Màrtir, virtut de la virtut,
morint per redimirnos!... Lo mon ne farà un dia
un trono d' eixa forca y un símbol de salut.

¡La creu! la creu! Un dia consol de totas penas,
dotse homes, dotse apóstols pel mon la portarán.
Lo sol ab ardents besos, la nit ab sas serenas
y l' alba ab sas rosadas llurs fronts bronzejarán.
Y l' mon cridarà: "Plassa pels qui van predicantne
d' amor santa doctrina, pels elegits de Dèu,
que van ab peus descalsos, la sanchi d' ells gotejantne,
pels àmbits de la terra á passejar la creu.

¡Oh! ¡Plassa, plassa als homens que en santa prometensa
á conquistar la terra se'n van plens de fervor,
un sol escut y un arma portantne com defensa,
per arma lo Evangeli y per escut lo amor!
La creu! Un jorn, en ella clavant sos ulls, serenas,
la palma del martiri las vérges alsarán,
y á famolencas feras, de Roma en las arenas,
per pasto humá llurs cossos sonrientse donarán.

Remóurer sas entranyas un jorn sentirá Roma,
veurá á sas catacombas sa negra gola ovrir,
y entre balsámichs núvols de mirra, incens y aroma
del seno de las tombas veurá la creu eixir.
Tremolarán los Césars llavors sobre llur soli,
devall lo altar dels idols la terra s' ovrirá,
y, símbol de justicia, per sobre l' Capitoli
la santa creu del Màrtir gloriosa s' alsará.

Y Constantí á sas tropas mostrantla con exèmple,
un jorn ne farà d' ella sòn lábaro sagrat,

y de la sanch del Màrtir per cada gota, un temple veurá en lo curs dels segles alsar la cristiandat. ¡La creu! Símbol de gloria y ensenya justiciera, un jorn lo ermitá Pere, pobre y descals romeu, ne correrá á la terra per dar com á bandera á tots los reys de Euiopa la force del Hebreu:

Y *Dèu ho vol* donantlos com únich crit de guerra, se'n portará sotmesos tras d' ell com un ramat als reys més poderosos de la cristiana terra á rescatar la tomba del Sant crucificat. La fam, la set, la peste ne delmarán llírs filas, veurán sols per tenebras llur horizon cubert, dels morts vagant pels aires las sombras intranquilas, blanquejarán llurs ossos la arena del desert.

Mès ferirán llur vista los brassos sempre estesos de aquella creu divina, de tots dolors consol, y á fam, á set, á peste ab cors valents sotmesos, avant anirán sempre, cridantne: *¡Dèu ho vol!* fins que cumplert lo anunci de santa profecia, de Sió sobre las torras vensudas arbolat, ne sorprendrá amorosa la primer llum del dia lo blanch pendó ab creu roija del vencedor cruzat.

Árbre d' amor emblema, mès dols al cor que plora que dols es per la tórtola lo cant manyag d' amors, que dolsa es per la abella, al raig de tebia aurora, la mel que, tot bressantla, li van donant las flors; árbre d' amor purissim, del cos mès sant argolla, per raig de sanch divina ton tronch empurpurat, nasqueres, com lo lliri que creix entre la brolla, en mitj del llot y brossas d' un mon enrubinat.

Y essent de mort lo símbol, lo manancial de vida té feu la mort del Màrtir, del Just, del Redemptor. Dels segles per los segles la cristiandat rendida veurás á tos peus sempre, ¡ó amor de tot amor! Per ser en tu, creu santa, hont l' Home-Dèu un dia la fel apurá tota de sa amargura y dol, lo mon cristiá dels homens en l' hora d' agonía de tu n' ha volgut ferne lo darrerench consol.

Del home n' ets tu l' iris en la tempesta fera, de tot cuant lo rodeja tu sola n' ets lo escut, tu sola al home quedas, cumplerta sa carrera, que en vida ets son refugi y en mort ets sa salut. Las flors ab que engarlandan sa tomba, s' enmustian, las llágrimas que hi cauhen, la terra se las beu, hont fou són cor un dia ja sols los corchs hi nian, y sobre de la tomba tan sols queda la creu; la creu que, cuant viu l' home, de dols amor sants llassos, los brassos li ovra sempre, sent són refugi y port, la creu que de la tomba al cel alsa los brassos, clemencia demanantli per l' home que ja es mort.

VÍCTOR BALAGUER.

Movimiento de este puerto en los dias que se expresan

BUQUES ENTRADOS.

- Abril 1.—De Málaga y escalas, vapor "Montserrat" de 1132 t. c. Martin Torrets con efectos á los Sres. H. de G. Matas.
- " 3.—De Tarragona laud "S. Joaquin" de 17 t. c. Antonio Piñana con efectos á los Sres. Hijos de G. Matas.
- " 3.—De la mar, escampavias "Dolores."
- " 3.—De Ibiza balandra "Manuela" c. José Escandell con algarrobas á D. Domingo Lopez.
- " 4.—De la mar escampavias "Dos hermanas."

DESPACHADOS.

- Abril 1.—Para Barcelona laud "Manuelito" de 19 t. e. José Guri, con efectos.
- " 1.—Para Gette vapor "Montserrat" e. M. Torrents con efectos.
- " 2.—Para la mar escampavia "Dolores."
- " 5.—Para la mar escampavias "Dolores."

REGISTRO CÍVIL DE PALAMÓS

Nota de los fallecidos desde el día 30 de marzo al 5 de abril, ambos inclusive.—José Cadira Baguer de edad 18 dias y Niceto Bessa Pagés de edad 2 años.—Total 2.—Nacidos en igual período: Varones 1.—Hembras 2.—Total 3.

PALAFRUGELL: IMP. DE C. VILASAU, CALLE DE S. ANTONIO, 6.

ESTACIÓN METEOROLÓGICA DE PALAMÓS.

Elevación sobre el mar 10 metros.—Lat. 41-52' N.—Long. 9°-15 E San Fernando.

FECHA.			Barómetro corregido.	Termómetro.	VIENTO.		DE 10 partes cubit.º	CIELO		MÁR.		Pluviómetro.	OBSERVACIONES
Mes.	Día	Hora.			direcn.	f. 0 á 10		Clase de nubes.	direcn.	f. 0 á 10			
Marzo.	30	8 m	76.22	14	N	2	3	ks	E	2	"		
		12	76.13	14	N	2	3	k	E	1	"		
		4 t	76.17	13	SO	1	3	k	S	1	"		
	31	8 m	76.17	13	"	0	5	c-k	S	2	"		
		12	76.07	14	Vble	1	2	"	S	1	"		
		4 t	75.97	14	SO	3	2	"	SO	1	"		
Abril.	1.º	8 m	75.94	13	N	2	3	c-k	N	1	"		
		12	75.83	14	N	2	3	n-k	N	1	"		
		4 t	75.76	14	N	1	3	"	N	1	"		
	2	8 m	75.79	14	S	1	3	"	S	1	"		
		12	75.79	13	E	1	5	"	SE	1	"		
		4 t	75.79	13	E	1	5	"	E	1	"		
	3	8 m	75.90	13	E	2	8	"	E	2	"		
		12	75.89	13	E	2	10	"	E	2	"		
		4 t	75.86	13	NE	2	10	"	E	2	"		
	4	8 m	75.89	13	"	0	9	"	n	2	"		
		12	75.88	13	SE	1	9	"	n	2	5 mjm		
		4 t	75.87	13	SE	1	9	"	n	2	"		
5	8 m	75.48	13	NE	5	9	"	n	5	10 mjm			
	12	75.35	14	NE	5	10	"	"	5	"			
	4 t	75.29	13	NE	5	10	"	"	5	2 mjm			

TONICO ORIENTAL.



EL GRAN RESTAURADOR DEL CABELLO.

Extirpa la caspa, cura todas las afecciones de la piel del cráneo y conserva, aumenta y hermosa admirablemente el pelo.

De venta en todas las Boticas y Perfumerias.

DEPOSITO

Sres. V. Ferrer y Comp.—BARCELONA.

FARMACIA Y LABORATORIO

DEL

DR. FERRER,

PLAZA DEL ANGEL.—BARCELONA.

Llamamos la atención sobre algunas de sus especialidades farmacéuticas, premiadas con *medalla de plata* en la primera Exposición Farmacéutica, celebrada en Madrid, en noviembre de 1882. *Asua, Bronquitis y males de garganta*: Su curación infalible y en poco tiempo con el uso de las pastillas y del Jarabe de *Savia de pino marítimo* del DR. FERRER.

TOS.—CATARROS.

Se consigue su rápida y completa curación con la especialísima *Pasta balsámica pectoral* del DR. FERRER.

CLOROSIS, ANEMIA.—DEBILIDAD EN GENERAL.

Su extinción por medio del *Hierro dializado* del DR. FERRER.

CONFITES DIGESTIVOS DEL DR. FERRER.

Son un poderoso preservativo, y muy eficaces para la curación de las enfermedades del estómago y del hígado.

Magnesia efervescente perfeccionada.

Contra las indigestiones, acideces, afecciones biliosas y debilidad nerviosa del estómago.

CITRATO DE MAGNESIA GRANULADO Y EFFERVESCENTE.

Refrescante y anti-acido por excelencia.

CITRATO DE MAGNESIA ESPONJADO—PURGANTE, AGRADABLE Y EFICAZ.

El depósito para la venta al por mayor de las especialidades farmacéuticas y productos del Laboratorio del Dr. FERRER, se halla en los almacenes de Droguería, de los Sres. *Vicente Ferrer y C.^o*, plaza de Moncada, núms. 1 y 3, y en su Sucursal, calle de la Princesa, núm. 1, (pasaje de las Columnas).—BARCELONA.

BANCO VITALICIO

DE

CATALUÑA,

COMPANIA GENERAL DE SEGUROS SOBRE LA VIDA;

Calle S. Honorato, esquina á la Plaza de S. Jaime

Barcelona.

CAPITAL DE GARANTIA: 10.000,000 DE PESETAS

Las operaciones á que se dedica este Banco son los seguros sobre la vida en su más vasta extensión, tal como los practican las mejores y más importantes Compañías de Inglaterra, Alemania, Francia y otros países, donde el seguro es completamente popular y aceptado universalmente por todas las clases sociales.

Crea capitales para después de la muerte del socio, ó para después de un plazo dado, ó juntamente para después de la muerte y del plazo, ó que solo han de cobrarse si ocurre la muerte dentro de un período determinado, etc., etc.

Constituye también rentas vitalicias á favor de una ó más personas, que empiezan á cobrarse inmediatamente, ó bien después de transcurridos algunos años, y se pagan durante toda la vida, ó solamente durante un cierto período de tiempo.

Un padre de familia de 30 años de edad que quiere legar por medio del Banco 5,000 pesetas á su esposa ó, hijos ó á cualquiera, solo deberá entregar á la Compañía 124 pesetas y media cada año mientras viva. Hace poco que el Banco pagó 2,000 duros á la viuda de un socio, del cual no había recibido sino 66 duros por la primera anualidad.

Un jóven de 25 años que quiera disfrutar cuando llegue á la edad de 50 una renta de 10 rs. diarios mientras viva, podrá obtenerla ganando á la Compañía durante 25 años, una prima anual de 247 pesetas y 10 céntimos.

Si un hijo de 30 años quiere amparar á su anciana madre de 60 para el caso que el muriese primero que ella podrá constituirle una renta de 4 reales diarios, que los cobrará la madre durante toda su vida desde el día en que falleciere su hijo, entregando solamente á la Compañía cada año 42 pesetas y 52 céntimos.

Las primas que hemos indicado no han de pagarse siempre durante toda la vida, sino que, segun los casos van reduciéndose ó se extinguen. Representante en Palamós, D. Francisco de A. Marull.

RECONSTITUYENTE PARA LOS FRUTALES Y LA VIÑA.

Anti-floxérico y preservativo contra toda clase de pulgones para la viña y frutales.

Se recomienda á todos los agricultores el uso de este "RECONSTITUYENTE" á base de hidrato-ferroso y otras sales estimulando esta vegetacion, reconocido por todos los inteligentes como

lo mas á propósito para regenerar y fortificar todos los frutales y la vid

PARA INFORMES DETALLADOS DIRIGIRSE Á LOS señores Vicente Ferrer y C.^o, plaza de Moncada, núms. 1 y 3, y en su droguería-sucursal, calle de la Princesa, n.º 1 (pasaje de las Columnas).

ÚNICOS DEPOSITARIOS

BARCELONA.